
SAGRADA ESCRITURA

Peter KREEFT, *La Sabiduría de los Salmos*, Madrid: Homo Legens, 2023 (Pról. Scott Hahn), 292 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-19349-33-0.

El Salterio es fuente predilecta de la oración del cristiano. Se trata de un tesoro de inagotable fecundidad que da expresión a la plegaria en todo género de situaciones vitales. Como afirma Scott Hahn en el breve prólogo que sirve de pórtico del libro que aquí se reseña, «ningún poema ha tenido el poder de permanencia de los salmos». En efecto, «las obras de Homero y Virgilio se estudian ahora como artefactos», pero «apenas nadie los memoriza». Por el contrario, «los salmos todavía se memorizan», todavía «se toman en serio», hasta el punto de surgir «como oraciones del corazón» (p. 10).

A lo largo de la historia, son muchos los santos y los sabios cristianos que nos han legado valiosas meditaciones sobre los Salmos o *Tehilim*. Entre todas ellas descuellan, muy probablemente, las voluminosas *Enarrationes in Psalmos* de san Agustín, así como los comentarios que se conservan de san Juan Crisóstomo. En el siglo XX, sabios como Romano Guardini, Thomas Merton o C. S. Lewis han reflexionado con maestría, de manera general, sobre este libro de la Biblia; y, más recientemente, los papas san Juan Pablo II y Benedicto XVI, o el filósofo alemán, Robert Spaemann, nos han regalado hermosísimas meditaciones espirituales, auténticos *midrashim*, sobre el Salterio. El pequeño libro sobre el que

vengo a llamar la atención se enmarca justamente en este género, magistralmente cultivado por el gran filósofo alemán y por los dos añorados pontífices.

En *La sabiduría de los Salmos*, el filósofo y apologista estadounidense, Peter Kreeft (EEUU, 1937), se centra en una docena de los salmos más apreciados por el pueblo cristiano. El libro está impregnado de una combinación peculiar de piedad religiosa, conocimiento filosófico y erudición culta. En comparación con las obras de otros autores citados, sin embargo, lo más distintivo de ésta es, tal vez, el estilo sencillo, directo y moderno que caracteriza al intelectual norteamericano. Esta sencillez de estilo hace el texto especialmente apropiado y útil para elevar a un nivel sapiencial profundo a personas diversas, acaso carentes del bagaje teológico que requieren otros comentarios similares. No en vano Kreeft, profesor emérito del *Boston College*, es uno de los más conocidos apologistas norteamericanos, autor de una bibliografía tan vasta como exitosa.

A lo largo de algo menos de trescientas páginas, el autor desgrana sucesivamente, versículo por versículo, el salmo de la *via iustorum* y del *iter impiorum*, que sirve de pórtico al Salterio (Salmo 1: *Dichoso el hombre...*); el del Pastor, uno de los más queridos para el pueblo cristiano (23: *El Señor es*

mi pastor...); el salmo penitencial por antonomasia, acerca de la misericordia divina (51: *Ten misericordia de mí...*); la invocación al Dios que es *interior intimo meo* (139: *Señor, tú me sondeas y me conoces...*); la oración de gratitud exhortando a la propia alma a la alabanza (103: *Bendice alma mía al Señor...*); uno de los salmos de aclamación de las criaturas de la gloria de Dios (19: *Los cielos pregonan la gloria de Dios...*); el gran salmo de seguridad a la luz de Dios (27: *El Señor es mi luz y mi salvación...*); el grito ansioso del orante sediento (42: *Como ansía la cierva las corrientes de agua...*); el pregón de Adviento ante la entrada del Altísimo en el mundo (24: *¡Portones, alzad los dinteles!...*); el lamento del exiliado, que marca, inexorable, la vida de los que esperan en la patria celestial (137: *Junto a los ríos de Babilonia...*); una llamada a renovar la alabanza a Dios (96: *Cantad al Señor un cántico nuevo...*); y, por último, el punto final y meta de la vida y del salterio mismo (150: *¡Alabad al Señor!...*).

Obviamente, cualquier lector familiarizado con estos poemas bíblicos podrá echar en falta la presencia de uno o varios de sus salmos favoritos, porque toda selección ha de ser forzosamente incompleta. En este sentido, la de Peter Kreeft tampoco es insensible a su experiencia vital personal. Él mismo lo pone de manifiesto al iniciar algunos de sus comentarios evocando las reminiscencias familiares y personales que el salmo respectivo le trae al corazón. Así, en la página 151, al comenzar la exposición del Salmo 103 (*Bendice, alma mía al Señor*), explica que éste era «el salmo preferido» de su padre, y que cree que «ha de haber una herencia espiritual además de biológica», porque se le pegó «su amor por él, ya sea por herencia o por el ambiente (su ejemplo

o ambos factores». La contextualización personal de los salmos a lo largo del libro hace partícipe al lector de experiencias que enriquecen su lectura y su meditación, y posibilitan una asimilación espiritual que incluye también las vivencias de quien le guía en la meditación. Porque, como se explica en el comentario de un versículo del Salmo 23 (*Y mi copa rebosa*), «los gozos espirituales se multiplican cuando se comparan, a diferencia de las cosas materiales, que se dividen al compartirlas» (p. 81).

El *midrash* de Peter Kreeft sobre los distintos salmos constituye un ejercicio de genuina piedad, anclada en la Palabra. No es sólo Teología, sino que trata de encaminar al lector a la entrada en contacto directo con Dios, el principal destinatario de los Salmos. «La Teología nos enseña lo que es Dios, pero únicamente la oración y la vida moral nos enseñan quién es Él. El objeto de su certeza no es una idea sino una Persona. David sabe (*wissen*) porque lo conoce (*kennen*). El objeto de su fe no es ante todo una sentencia (por ejemplo, “Dios existe” o “Dios es bueno”), sino una Persona (“Yo SOY”), de la misma forma que el objeto de su obediencia y de su amor no es una ley, sino el legislador» (p. 82). La oración del Salterio no tiene como término la simple recitación acabada de los salmos, sino la unión amorosa con el orante ejemplar, Jesús. No se trata, por ejemplo, de un simple conocer el Salmo del Pastor, sino de conocer al Pastor. Estas hermosas meditaciones, al alcance de un público amplio, tratan de facilitar y enriquecer esa intimidad.

Fernando SIMÓN
 Universidad de Navarra
 DOI 10.15581/006.56.1.264